

Douglas Adams

Guía del autoestopista galáctico



ANAGRAMA
Colección Compactos

GUIA DEL AUTOESTOPISTA GALACTICO

Douglas Adams



Título original: The Hitchhiker's Guide to the Galaxy

Traducción: Benito Gómez Ibáñez

Douglas Adams (1979)

A Jonny Brock, Clare Gorst
y demás arlingtonianos,
por el té, la simpatía y el sofá

En los remotos e inexplorados confines del arcaico extremo occidental de la espiral de la galaxia, brilla un pequeño y despreciable sol amarillento.

En su órbita, a una distancia aproximada de ciento cincuenta millones de kilómetros, gira un pequeño planeta totalmente insignificante de color azul verdoso cuyos pobladores, descendientes de los simios, son tan asombrosamente primitivos que aún creen que los relojes de lectura directa son de muy buen gusto.

Este planeta tiene, o mejor dicho, tenía el problema siguiente: la mayoría de sus habitantes eran infelices durante casi todo el tiempo. Muchas soluciones se sugirieron para tal problema, pero la mayor parte de ellas se referían principalmente a los movimientos de pequeños trozos de papel verde; cosa extraña, ya que los pequeños trozos de papel verde no eran precisamente quienes se sentían infelices.

De manera que persistió el problema; muchos eran humildes y la mayoría se consideraban miserables, incluso los que poseían relojes de lectura directa.

Cada vez eran más los que pensaban que, en primer lugar, habían cometido un gran error al bajar de los árboles. Y algunos afirmaban que lo de los árboles había sido una equivocación, y que nadie debería haber salido de los mares.

Y entonces, un jueves, casi dos mil años después de que clavarán a un hombre a un madero por decir que, para variar, sería estupendo ser bueno con los demás, una muchacha que se sentaba sola en un pequeño café de Rickmansworth comprendió de pronto lo que había ido mal durante todo el tiempo, y descubrió el medio por el que el mundo podría convertirse en un lugar tranquilo y feliz. Esta vez era cierto, daría resultado y no habría que clavar a nadie a ningún sitio.

Lamentablemente, sin embargo, antes de que pudiera llamar por teléfono para contárselo a alguien, ocurrió una catástrofe terrible y estúpida y la idea se perdió para siempre.

Esta no es la historia de la muchacha.

Sino la de aquella catástrofe terrible y estúpida, y la de algunas de sus consecuencias.

También es la historia de un libro, titulado Guía del autoestopista galáctico;

no se trata de un libro terrestre, pues nunca se publicó en la Tierra y, hasta que ocurrió la terrible catástrofe, ningún terrestre lo vio ni oyó hablar de él.

No obstante, es un libro absolutamente notable.

En realidad, probablemente se trate del libro más notable que jamás publicaran las grandes compañías editoras de la Osa Menor, de las cuales tampoco ha oído hablar terrestre alguno.

Y no sólo es un libro absolutamente notable, sino que también ha tenido un éxito enorme: es más famoso que las Obras escogidas sobre el cuidado del hogar espacial, más vendido que las Otras cincuenta y tres cosas que hacer en gravedad cero, y más polémico que la trilogía de devastadora fuerza filosófica de Oolon Colluphid En qué se equivocó Dios, Otros grandes errores de Dios y Pero ¿quién es ese tal Dios?

En muchas de las civilizaciones más tranquilas del margen oriental exterior de la galaxia, la Guía del autoestopista ya ha sustituido a la gran Enciclopedia galáctica como la fuente reconocida de todo el conocimiento y la sabiduría, porque si bien incurre en muchas omisiones y contiene abundantes hechos de autenticidad dudosa, supera a la segunda obra, más antigua y prosaica, en dos aspectos importantes.

En primer lugar, es un poco más barata; y luego, grabada en la portada con simpáticas letras grandes, ostenta la leyenda:

NO SE ASUSTE

Pero la historia de aquel jueves terrible y estúpido, la narración de sus consecuencias extraordinarias y el relato de cómo tales consecuencias están indisolublemente entrelazadas con ese libro notable, comienza de manera muy sencilla.

Empieza con una casa.

1

La casa se alzaba en un pequeño promontorio, justo en las afueras del pueblo. Estaba sola y daba a una ancha extensión cultivable de la campiña occidental. No era una casa admirable en sentido alguno; tenía unos treinta años de antigüedad, era achaparrada más bien cuadrada, de ladrillo, con cuatro ventanas en la fachada delantera y de tamaño y proporciones que conseguían ser bastante desagradables a la vista.

La única persona para quien la casa resultaba en cierto modo especial, era

Arthur Dent, y ello sólo porque daba la casualidad de que era el único que vivía en ella. La había habitado durante tres años, desde que se mudó de Londres, donde se irritaba y se ponía nervioso. También tenía unos treinta años; era alto y moreno, y nunca se sentía enteramente a gusto consigo mismo. Lo que más solía preocuparle era el hecho de que la gente le preguntara siempre por qué tenía un aspecto tan preocupado. Trabajaba en la emisora local de radio, y solía decir a sus amigos que su actividad era mucho más interesante de lo que ellos probablemente pensaban.

El miércoles por la noche había llovido mucho y el camino estaba húmedo y embarrado, pero el jueves por la mañana había un sol claro y brillante que, según iba a resultar, lucía sobre la casa de Arthur por última vez.

Aún no se le había comunicado a Arthur en forma debida que el ayuntamiento quería derribarla para construir en su lugar una vía de circunvalación.

A las ocho de la mañana de aquel jueves, Arthur no se encontraba muy bien. Se despertó con los ojos turbios, se levantó, deambuló agotado por la habitación, abrió una ventana, vio un bulldozer, encontró las zapatillas y, dando un traspies, se encaminó al baño para lavarse.

Pasta de dientes en el cepillo: ya, a frotar.

Espejo para afeitarse: apuntaba al cielo. Lo acopló. Durante un momento el espejo reflejó otro bulldozer por la ventana del baño. Convenientemente ajustado, reflejó la encrespada barba de Arthur. Se afeitó, se lavó, se secó y, dando trompicones, se dirigió a la cocina con idea de hallar algo agradable que llevarse a la boca.

Cafetera, enchufe, nevera, leche, café. Bostezo.

Por un momento, la palabra «bulldozer» vagó por su mente en busca de algo relacionado con ella.

El bulldozer que se veía por la ventana de la cocina era muy grande.

Lo miró fijamente.

«Amarillo», pensó, y fue tambaleándose a su habitación para vestirse.

Al pasar por el baño se detuvo para beber un gran vaso de agua, y luego otro. Empezó a sospechar que tenía resaca. ¿Por qué tenía resaca? ¿Había bebido la noche anterior? Supuso que así debió ser. Atisbó un destello en el espejo de afeitarse.

«Amarillo», pensó, y siguió su camino vacilante hacia la habitación.

Se detuvo a reflexionar. La taberna, pensó. ¡Santo Dios, la taberna! Vagamente recordó haberse enfadado por algo que parecía importante. Se lo estuvo explicando a la gente, y más bien sospechó que se lo había contado con gran detalle: su recuerdo visual más nítido era el de miradas vidriosas en las caras

de los demás. Acababa de descubrir algo sobre una nueva vía de circunvalación. Habían circulado rumores durante meses, pero nadie parecía saber nada al respecto. Ridículo. Bebió un trago de agua.

Eso ya se arreglaría solo, concluyó; nadie quería una vía de circunvalación, y el ayuntamiento no tenía en qué basar sus pretensiones. El asunto se arreglaría por sí solo.

Peró qué espantosa resaca le había producido. Se miró en la luna del armario. Sacó la lengua.

«Amarilla», pensó.

La palabra amarillo vagó por su mente en busca de algo relacionado con ella. Quince segundos después había salido de la casa y estaba tumbado delante de un enorme bulldozer amarillo que avanzaba por el sendero del jardín.

Mister L. Prosser era, como suele decirse, muy humano. En otras palabras, era un organismo basado en el carbono, bípedo, y descendiente del mono. Más concretamente, tenía cuarenta años, era gordo y despreciable y trabajaba para el ayuntamiento de la localidad. Cosa bastante curiosa, aunque él lo ignoraba, era que descendía por línea masculina directa de Gengis Kan, si bien las generaciones intermedias y la mezcla de razas habían escamoteado sus genes de tal manera que no poseía rasgos mongoloides visibles, y los únicos vestigios que aún conservaba mister L. Prosser de su poderoso antepasado eran una pronunciada corpulencia en torno a la barriga y cierta predilección hacia pequeños gorros de piel.

De ningún modo era un gran guerrero; en realidad, era un hombre nervioso y preocupado. Aquel día estaba especialmente nervioso y preocupado porque había topado con una dificultad grave en su trabajo, que consistía en quitar de en medio la casa de Arthur Dent antes de que acabara el día.

—Vamos, mister Dent —dijo—, usted sabe que no puede ganar. No puede estar tumbado delante del bulldozer de manera indefinida.

Intentó dar un brillo fiero a su mirada, pero sus ojos no le respondieron.

Arthur siguió tumbado en el suelo y le lanzó una réplica desconcertante.

—Bueno —dijo—; ya veremos quién se achata antes.

—Me temo que tendrá que aceptarlo —repuso mister Prosser, empuñando su gorro de piel y colocándoselo del revés en la coronilla—. ¡Esa vía de circunvalación debe construirse y se construirá!

—Es la primera noticia que tengo —afirmó Arthur—. ¿Por qué tiene que construirse?

Mister Prosser agitó el dedo durante un rato delante de Arthur; luego dejó de

hacerlo y lo retiró.

—¿Qué quiere decir con eso de por qué tiene que construirse? —le preguntó a su vez—. Se trata de una vía de circunvalación. Y hay que construir vías de circunvalación.

Las vías de circunvalación son artificios que permiten a ciertas personas pasar con mucha rapidez de un punto A a un punto B, mientras que otras avanzan a mucha velocidad desde el punto B al punto A. La gente que vive en un punto C, justo en medio de los otros dos, suele preguntarse con frecuencia por la gran importancia que debe tener el punto A para que tanta gente del punto B tengan tantas ganas de ir para allá, y qué interés tan grande tiene el punto B para que tanta gente del punto A sienta tantos deseos de acudir a él. A menudo ansían que las personas descubran de una vez para siempre el lugar donde quieren quedarse.

Mister Prosser quería ir a un punto D. El punto D no estaba en ningún sitio en especial, sólo se trataba de cualquier punto conveniente que se encontrara a mucha distancia de los puntos A, B y C. Llegaría a tener una bonita casita de campo en el punto D, con hachas encima de la puerta, y pasaría una agradable cantidad de tiempo en el punto E, donde estaría la taberna más próxima al punto D. Su mujer, por supuesto, quería rosales trepadores, pero él prefería hachas. No sabía por qué; sólo que le gustaban las hachas. Se ruborizó profundamente ante las muecas burlonas de los conductores de los bulldozers. Empezó a apoyarse en un pie y luego en otro, pero estaba igualmente incómodo descargando el peso en cualquiera de los dos. Estaba claro que alguien había sido sumamente incompetente, y esperaba por lo más sagrado que no hubiera sido él.

—Tenía usted derecho a hacer sugerencias o a presentar objeciones a su debido tiempo, ¿sabe? —dijo mister Prosser.

—¿A su debido tiempo? —gritó Arthur—. ¡A su debido tiempo! La primera noticia que he tenido fue ayer, cuando vino un obrero a mi casa. Le pregunté si venía a limpiar las ventanas y me contestó que no, que venía a derribar mi casa. No me lo dijo inmediatamente, desde luego. Claro que no. Primero me limpió un par de ventanas y me cobró cinco libras. Luego me lo dijo.

—Pero mister Dent, los planos han estado expuestos en la oficina de planificación local desde hace nueve meses.

—¡Ah, claro! Ayer por la tarde, en cuanto me enteré, fui corriendo a verlos. No se ha excedido usted precisamente en llamar la atención hacia ellos, ¿verdad que no? Me refiero a decírselo realmente a alguien, o algo así.

—Pero los planos estaban a la vista...

—¿A la vista? Si incluso tuve que bajar al sótano para verlos.

—Ahí está el departamento de exposición pública.

—Con una linterna.

—Bueno, probablemente se había ido la luz.

—Igual que en las escaleras.

—Pero bueno, encontró el aviso, ¿no?

—Sí —contestó Arthur—, lo encontré. —Estaba a la vista en el fondo de un archivador cerrado con llave y colocado en un lavabo en desuso en cuya puerta había un letrero que decía: Cuidado con el leopardo.

Por el cielo pasó una nube. Arrojó una sombra sobre Arthur Dent, que estaba tumbado en el barro frío, apoyado en el codo. Arrojó otra sombra sobre la casa de Arthur Dent. Mister Prosser frunció el ceño.

—No parece que sea una casa particularmente bonita —afirmó.

—Lo siento, pero da la casualidad de que a mí me gusta.

—Le gustará la vía de circunvalación.

—¡Cállese ya! —exclamó Arthur Dent—. Cállese, márchese y llévese con usted su condenada vía de circunvalación. No tiene en qué basar sus pretensiones, y usted lo sabe.

Mister Prosser abrió y cerró la boca un par de veces mientras su imaginación se llenaba por un momento de visiones inexplicables, pero horriblemente atractivas, de la casa de Arthur Dent consumida por las llamas y del propio Arthur gritando y huyendo a la carrera de las ruinas humeantes con al menos tres pesadas lanzas sobresaliendo en su espalda. Mister Prosser se veía incomodado con frecuencia por imágenes parecidas, que le ponían muy nervioso. Tartamudeó un momento, pero logró dominarse.

—Mister Dent —dijo.

—¡Hola! ¿Sí? —dijo Arthur.

—Voy a proporcionarle cierta información objetiva. ¿Tiene usted alguna idea del daño que sufriría ese bulldozer si yo permitiera que simplemente le pasara a usted por encima?

—¿Cuánto? —inquirió Arthur.

—Ninguno en absoluto —respondió mister Prosser, apartándose nervioso y frenético y preguntándose por qué le invadían el cerebro mil jinetes greñudos que no dejaban de aullar.

Por una coincidencia curiosa, ninguno en absoluto era exactamente el recelo que el descendiente de los simios llamado Arthur Dent abrigaba de que uno de sus amigos más íntimos no descendiera de un mono, sino que en realidad procediese de un pequeño planeta próximo a Betelgeuse, y no de Guilford, como él afirmaba.

Eso jamás lo había sospechado Arthur Dent.

Su amigo había llegado por primera vez al planeta Tierra unos quince años antes, y había trabajado mucho para adaptarse a la sociedad terrestre; y con cierto éxito, habría que añadir. Por ejemplo, se había pasado esos quince años fingiendo ser un actor sin trabajo, cosa bastante plausible.

Pero, por descuido, había cometido un error al quedarse un poco corto en sus investigaciones preparatorias. La información que había obtenido le llevó a escoger el nombre de «Ford Prefect» en la creencia de que era muy poco llamativo.

No era exageradamente alto, y sus facciones podían ser impresionantes pero no muy atractivas. Tenía el pelo rojo y fuerte, y se lo peinaba hacia atrás desde las sienes. Parecía que le habían estirado la piel desde la nariz hacia atrás. Había algo raro en su aspecto, pero resultaba difícil determinar qué era. Quizá consistiese en que no parecía parpadear con la frecuencia suficiente, y cuando le hablaban durante cierto tiempo, los ojos de su interlocutor empezaban a lagrimear. O tal vez fuese que sonreía con muy poca delicadeza y le daba a la gente la enervante impresión de que estaba a punto de saltarles al cuello.

A la mayoría de los amigos que había hecho en la Tierra les parecía una persona excéntrica, pero inofensiva; un bebedor turbulento con algunos hábitos extraños. Por ejemplo, solía irrumpir sin que lo invitaran en fiestas universitarias, donde se emborrachaba de mala manera y empezaba a burlarse de cualquier astrofísico que pudiera encontrar hasta que lo echaban a la calle.

A veces se apoderaban de él extraños estados de ánimo; se quedaba distraído, mirando al cielo como si estuviera hipnotizado, hasta que alguien le preguntaba qué estaba haciendo. Entonces parecía sentirse culpable durante un momento; luego se tranquilizaba y sonreía.

—Pues buscaba algún platillo volante —solía contestar en broma, y todo el mundo se echaba a reír y le preguntaba qué clase de platillos volantes andaba buscando.

—¡Verdes! —contestaba con una mueca perversa; lanzaba una carcajada estrepitosa y luego arrancaba de pronto hacia el bar más próximo, donde invitaba a una ronda a todo el mundo.

Esas noches solían acabar mal. Ford se ponía ciego de whisky, se acurrucaba en un rincón con alguna chica y le explicaba con frases inconexas que en realidad no importaba tanto el color de los platillos volantes.

A continuación, echaba a andar por la calle, tambaleándose y semi-paralítico, preguntando a los policías con los que se cruzaba si conocían el camino de Betelgeuse. Los policías solían decirle algo así:

—¿No cree que ya va siendo hora de que se vaya a casa, señor?

—De eso se trata, quiero recogerme —respondía Ford de manera invariable en tales ocasiones.

En realidad, lo que verdaderamente buscaba cuando miraba al cielo con aire distraído, era cualquier clase de platillo volante. Decía que buscaba uno verde porque ése era tradicionalmente el color de los exploradores comerciales de Betelgeuse.

Ford Prefect estaba desesperado porque no llegaba ningún platillo volante; quince años era mucho tiempo para andar perdido en cualquier parte, especialmente en un sitio tan sobrecogedoramente aburrido como la Tierra.

Ford ansiaba que pronto apareciese un platillo volante, pues sabía cómo hacer señales para que bajaran y conseguir que lo llevaran. Conocía la manera de ver las Maravillas del Universo por menos de treinta dólares altairianos al día. En realidad, Ford Prefect era un investigador itinerante de ese libro absolutamente notable, la Guía del autoestopista galáctico.

Los seres humanos se adaptan muy bien a todo, y a la hora del almuerzo había arraigado una serena rutina en los alrededores de la casa de Arthur. Este interpretaba el papel de rebozarse la espalda en el barro, solicitando de vez en cuando ver a su abogado o a su madre, o pidiendo un buen libro, mister Prosser asumía la función de atacar a Arthur con algunas maniobras nuevas, soltándole de cuando en cuando un discurso sobre «el bien común», «la marcha del progreso», «ya sabe que una vez derribaron mi casa», «nunca se debe mirar atrás» y otros camelos y amenazas; y el quehacer de los conductores de los Bulldozer era sentarse en corro bebiendo café y haciendo experimentos con las normas del sindicato para ver si podían sacar ventajas económicas de la situación.

La Tierra se movía despacio en su trayectoria diurna.

El Sol empezaba a secar el barro sobre el que Arthur estaba tumbado.

Una sombra volvió a cruzar sobre él.

—Hola, Arthur —dijo la sombra.

Arthur levantó la vista y, guiñando los ojos para protegerse del sol, vio que Ford Prefect estaba de pie a su lado.

—¡Hola, Ford!, ¿cómo estás?

—Muy bien —contestó Ford—. Oye, ¿estás ocupado?

—¡Que si estoy ocupado! —exclamó Arthur—. Bueno, ahí están todos esos Bulldozer, y tengo que tumbarme delante de ellos porque si no derribarían mi casa; pero aparte de eso... pues no especialmente, ¿por qué?

En Betelgeuse no conocen el sarcasmo. Y Ford Prefect no solía captarlo a menos que se concentrara.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

